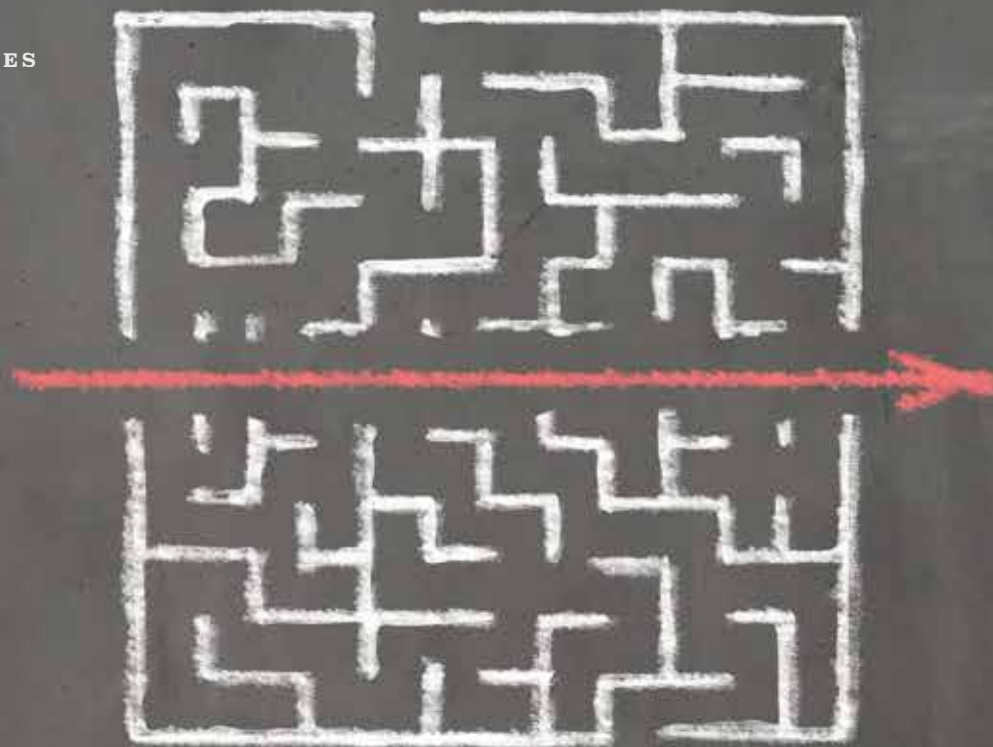




CONVERSACIONES ONLINE
DESDE LA FUNDACIÓN RAMÓN ARECES



Del adversario al enemigo

LA GÉNESIS DE LA INTOLERANCIA



La Fundación Ramón Areces organizó, con la Fundación Deliberar y el Colegio Libre de Eméritos, una nueva conversación online, esta vez con el lema: 'Del adversario al enemigo: la génesis de la intolerancia'. Estuvo protagonizada por el escritor Jon Juaristi, catedrático de Literatura Española, y por Enrique Baca, presidente de la Fundación Deliberar. Ambos pensadores intercambiaron reflexiones sobre cómo en la actual sociedad la radicalización siempre es una amenaza presente que conduce a posiciones de intolerancia hacia el otro.



ENRIQUE BACA, que fue durante 25 años jefe del departamento de Psiquiatría del Hospital Puerta de Hierro de Madrid, introdujo el tema partiendo de una observación que consideró “generalizada”: “La radicalización que conduce a posiciones de intolerancia hacia el que es diferente”. “Esta intolerancia conduce, con mucha frecuencia, a la aparición de la agresión. Agresión en todas sus formas, en forma de presión, en forma de agresión verbal, en forma de agresión psicológica y, desgraciadamente, también en forma de agresión física, en sus maneras y en sus expresiones más extremas. La intolerancia, y esto es una de las cosas que discutiremos, es también un proceso en el que se ve al otro como a alguien esencialmente peligroso. Evidentemente, esta visión del otro, como ser peligroso, como ser amenazante, conduce necesariamente a una dinámica y una conducta de rechazo, primero, y de eliminarlo, después. Y cuando hablo de eliminación, hablo también de un procedimiento que se ha puesto muy de moda, pero que lo descubrieron los alumnos de Eton en el siglo XVII, lo que ahora se llama cancelación”.

Añadió Enrique Baca que este mecanismo, que “podría ser algo hasta infantil e inocente, se ha convertido en un complejo mecanismo que, curiosamente, no está bien estudiado desde una visión general, una visión que explique toda su complejidad”. Para hablar de ello presentó al invitado de esta conversación

online, el catedrático de Literatura Española de la Universidad de Alcalá, Jon Juaristi: “Yo diría que Jon Juaristi es fundamentalmente un escritor, un ensayista, un hombre que se ha adentrado con éxito en el campo de la biografía y de la historia reciente; y, aunque no lo parezca, también es a perpetuidad un gran poeta. En su carrera ha sido catedrático en Filología Española de la Universidad del País Vasco; titular de la Cátedra Rey Juan Carlos I en la Universidad de Nueva York; de la Cátedra del Pensamiento Contemporáneo de la Fundación Cañada Blanch, en la Universidad de Valencia; profesor investigador en El Colegio de México; y ha impartido clases y conferencias por América, Europa y, por supuesto, por España. Ha tenido en su biografía dos cargos muy relevantes, fue director de la Biblioteca Nacional, que para un bibliófilo eso es algo así como que le coloquen en el centro del paraíso; y ha sido director del Instituto Cervantes. Además, ha sido director general de Universidades de la Comunidad Autónoma de Madrid. La lista de premios es muy larga: Nacional de Literatura, Euskadi de Ensayo, Espasa de Ensayo, Fastenrath de la Real Academia Española, Comillas de Historia y Biografía, Mariano De Cavia, Azorín de Novela, etcétera, etcétera...”, subrayó Baca. La primera pregunta que le formuló se detenía en un libro que escribió Juaristi en 2006, ‘Cambio de destino’, una suerte de autobiografía. “Ahí narras muchos avatares de tu vida adolescente y juvenil. Y hay en ese libro una especie de



De izquierda a derecha. Arriba: Enrique Baca y Jon Juaristi

corriente subterránea más o menos explícita que también está materializada en uno de los eslóganes que tenemos en la Fundación Deliberar: ‘Pensar es cambiar de ideas’. Esto en este mundo no se entiende demasiado bien”.

Juaristi asintió: “No. España no es especialmente abierta o receptiva, o proclive a este planteamiento. Que uno cambia en la medida en la que la experiencia lo hace cambiar. Por eso Baroja decía en una de sus novelas: ‘Hay gente que cree que es tan constante como una brújula, pero como una brújula rota’”.

Baca fue más allá: “Cambiar de ideas pensando no es la variabilidad de las posturas frívolas, pues cambiar de idea pensando tiene un costo importante y son decisiones muy fundamentadas. ¿Tú te plantearías que toda

nuestra conversación girase alrededor de un trípode? Una pata sería la radicalidad; otra pata sería el binomio tolerancia e intolerancia, que plantea cuestiones tan interesantes como, ¿se puede ser tolerante con los intolerantes?; y otra muy importante sería, sin seguir estrictamente a Carl Schmitt, la relación que existe con el adversario y cómo convertimos al adversario en enemigo”. Para Juaristi, el problema está sobre todo en la política, que es donde más se ha utilizado este término, el término radical como adjetivo, pero también sustantivándolo en los radicales y que ha ido cambiando. “Es decir, paradójicamente, durante la Segunda República, el concepto de radical implicaba moderación. O sea, lo radical republicano eran los de Lerroux, que eran el republicanismo más moderado, el republicanismo de derecha frente a la izquierda re-

publicana de Azaña. Y los radical-socialistas, lo mismo, eran republicanos que no llegaban a socialistas, pero se acercaban al socialismo. Y después esto cambia, yo creo que es en los años 60 fundamentalmente, cuando se comienza a hablar ya de la radicalización para referirse a la adopción de posturas extremas, tanto en el campo conservador, como en el campo progresista o revolucionario. Los radicales tienen connotaciones de extrema derecha o de extrema izquierda a partir de esos años. Y, además, se vincula a la ruptura de las

“Los radicales acuden a romper la baraja y a plantear la confrontación política en la calle, fuera de las instituciones, fuera de los teatros de liberación, que son las instituciones parlamentarias o representativas”

Jon Juaristi

reglas del juego para conseguir unos objetivos que no serían fáciles de lograr siguiendo las reglas del juego democrático de liberación, de la política deliberativa. Los radicales acuden a romper la baraja y a plantear la confrontación política en la calle, fuera de las instituciones, fuera de los teatros de liberación, que son las instituciones parlamentarias o representativas. En el extremo tendríamos el terrorismo, que es el intento de alcanzar objetivos políticos por unos medios que ya no tienen que ver, en absoluto, con la política y que, fundamentalmente, están basados en la violencia y en la destrucción”.

Baca interpeló entonces a Juaristi sobre si “tendríamos que intentar, en la pureza conceptual, separar radicalidad de extremismo”. Juaristi mostró la imposibilidad de llegar a esos términos. “No somos nosotros los que vamos a decidir cómo se van a utilizar estos términos. Yo creo que, en el mundo de la

doxa y del periodismo, lo radical es entendido siempre como una posición de fuerza, incluso de violencia o de amenaza frente al adversario político. Se podría volver a alcanzar esa significación, esa denotación de lo radical como en la época de la Segunda República, donde los radicales eran Gordón Ordás o Lerroux... La pureza dogmática del republicanismo se relacionaba más bien con la violencia que con el idealismo, con la república racional que decían los alemanes. Es decir, la aplicación o la identificación de la posición de los republicanos con la posición más racional posible en política. Que ahí venía, yo creo, esa sección de la radicalidad como el atenerse de una forma constante a la razón, a la posibilidad de razonar con el enemigo y a defender las propias posturas como posturas racionales. Para apretar un poquitín más los tornillos. Encontramos relaciones entre la radicalidad, que en definitiva yo creo que debería

llamarse radicalismo, tal como tú has expresado. Y el endurecimiento de las posiciones frente al adversario. Y la conversión del adversario en enemigo tiene mucho que ver con la radicalización”.

Enrique Baca hizo referencia entonces a “la existencia de dogmas cerrados, con el dogmatismo, con la violencia en el dogma y, por tanto, con las creencias”. A esa observación, el autor de ‘Los paisajes domésticos’ admitió que “no diría tanto que son dogmas porque a veces detrás de la radicalización o del radicalismo, no solamente no hay dogmas, sino que tampoco hay pensamiento, ni ideas, simplemente es ‘yo y los míos ante todo’”. Y añadió: “Esa es la cuestión. Y, por tanto, con el enemigo no se negocia. En su origen, posiblemente haya una raíz religiosa, antigua, eso de ‘no negociaremos con el demonio’. En la Edad Media, por ejemplo, la aparición del islam suscitó una reacción en la literatu-

ra apocalíptica cristiana. El profeta Mahoma era el anticristo y las huestes del islam eran las huestes de Gog y Magog, por tanto, no se puede hablar con ellos, son las huestes infernales. Hasta que aparece Francisco de Asís y dice: ‘Bueno, vamos a intentarlo. Voy a hablar con el sultán o voy a hablar con el califa’. Sin demasiado éxito, pero bueno, por lo menos había una ruptura con esa posición de que con el mal y aquellos que representan el mal absoluto, no pueden ser interlocutores en ningún caso”.

Se preguntó, Enrique Baca, por ese aspecto de la “imposibilidad de diálogo con el otro, es decir, de la ruptura de toda posibilidad de comunicación”. “¿Es algo reversible o una vez establecidas las posiciones no hay manera de reestablecer el diálogo?” Juaristi confesó que, desde su punto de vista, “se puede llegar, obviamente, a una negociación”. Baca recordó que “negociación no es igual a diálogo porque una negociación intenta buscar un *statu quo* tolerable para ambas partes, pero se puede negociar sin hablar”. A ello Juaristi añadió que “se puede negociar sin hablar, simplemente con una cesación de las hostilidades”. Y encontró un símil en la naturaleza: “Esto, incluso, lo hacen algunas especies de animales. Hay determinados signos que utiliza uno de los contendientes para indicar que se da por vencido. Pero yo creo que en el fragor de la batalla es

“Negociación no es igual a diálogo porque una negociación intenta buscar un statu quo tolerable para ambas partes. Pero se puede negociar sin hablar”

Enrique Baca



difícil ponerse a dialogar si no se ha negociado antes. Por ejemplo, mi experiencia en el País Vasco, que es bastante decepcionante, es que aparecían unos mediadores que venían a vender crecepelo, y que ofrecían la posibilidad de una negociación después de un día loco”. Afirmó que “primero, hay que sentarse a hablar y después de hablar, negociaremos”. “Generalmente desde el Estado lo que se ha planteado, al menos durante una época, era: ‘Vamos a ver a qué condiciones os podéis plegar para que dejemos de consideraros nuestros enemigos mortales’. Es decir, vamos a ver, pero eso no implica un diálogo sobre vuestros planteamientos o los nuestros. Porque no hay posibilidad de diálogo si no parte de un cierto reconocimiento de la legitimidad del otro”.

Baca se retrotrajo a la filosofía clásica: “El diálogo tiene su origen en Platón, como sabes. El diálogo es una de las formas de alcanzar un conocimiento en común, poner en contraste las ideas de unos y de otros, y un ejercicio de la razón. Un ejercicio destructivo con respecto a las ideas del otro por parte de cada uno de los que intervenían en ese diálogo, pero contra las ideas, no contra la persona”. A lo que Juaristi insistió: “Yo creo que no está mal que recalquemos que el dialogar supone que tú reconoces al otro una identidad suficiente

“Los nacionalismos, pero también otras ideologías, se constituyen a partir del supuesto de que ha habido una pérdida real y que uno ha sido objeto de una desposesión en el pasado”

Jon Juaristi

como para ser un interlocutor válido. Después, a partir de ahí puedes estar en desacuerdo, puedes pelearte, puedes hacer lo que quieras. Pero, claro, el problema de la radicalidad y del radicalismo es que comienzas negando la identidad del otro. La humanidad del otro. Y si no lo admites como un igual a ti mismo, con el que se puede entablar una discusión racional, entonces el otro, ya reducido a algo no humano, solamente puede ser objeto de odio y de destrucción”.

En este punto, el psiquiatra interpeló si pensaba el profesor vasco que existe una dicotomía real entre ser dogmático o ser relativista. Juaristi respondió: “Las convicciones de uno mismo son en el presente y siempre son absolutas cuando uno no ve más que esas posibilidades. Pero la experiencia nos lleva a concluir que esas opiniones, esas ideas pueden cambiar, esas posiciones pueden cambiar. Pueden cambiar cuando cambian las

convicciones propias, pero también cuando cambian las convicciones externas. Es decir, uno en determinadas condiciones no ve otras posibilidades que aquellas que le da sus propia perspectiva, porque uno siempre está situado espacio temporalmente en algún momento. Pero creo que eso no tiene que ver necesariamente con el relativismo. Es curioso porque yo empecé a oír hablar de relativismo en el campo de la lingüística. Hay una serie de teorías lingüísticas de los años 40, 50 y 60 que afectan, obviamente, también a los nacionalismos, y al nacionalismo vasco muy especialmente. Estas teorías dicen que la lengua determina una visión del mundo y que la gente que habla lenguas distintas tiene visiones del mundo absolutamente diferentes que no son comunicables ni equivalentes. Esto tiene su origen en el romanticismo alemán, en Fichte fundamentalmente. Fichte, que era un patriota alemán, pensaba que los franceses

tenían su mismo origen germánico, pero que como hablaban una lengua románica era imposible hablar con ellos y solamente podían ser sus enemigos. Y a pesar de que eran germanos en su origen como ellos, según Fichte, la lengua les daba una visión del mundo totalmente diferente y unos valores totalmente distintos e incompatibles. O sea, además de la barrera del Rin, que separaba la Romanía de la Germania, había una barrera mental también que separaba el alemán y el francés. Entonces, el relativismo lingüístico del nacionalismo vasco, por ejemplo, de los años 60 y 70, cuando el nacionalismo deja de ser tópicamente racista, como había sido el de Sabino Arana Goiri y el primer nacionalismo vasco, y pasa a ser un nacionalismo de base lingüística-cultural. Y realmente lo que nos constituye, la identidad que nos constituye como vascos y, por tanto, como antiespañoles necesariamente, es que nuestra lengua no es una lengua románica, es una lengua que no



tiene nada que ver con el español y que nos da una visión del mundo totalmente diferente. Hombre, le echan bastante cara dura porque los que decían esto muchas veces no sabían vasco o lo habían aprendido como segunda o tercera lengua. Pero se ajustaban a ese principio del relativismo lingüístico, que viene del romanticismo alemán, de Fichte, y después llega a través de Humboldt a la hipótesis Sapir-Whorf en Estados Unidos, ya en los años 40 y 50 del siglo pasado. Entonces, viene lo del relativismo. El relativismo implica que hay unas determinaciones psíquicas y culturales de origen que impiden el diálogo con aquellos que tienen unas determinaciones diferentes.

“Evidentemente, adversarios, es decir, gente con la cual no vas a coincidir al 100%, te la vas a encontrar en tu vida individual y en tu vida social siempre, es un hecho que hay que admitir”

Enrique Baca

Son las determinaciones las que son enemigas. Es decir, hay lenguas germánicas, como diría Fichte y lenguas románicas, y los hablantes no pueden comunicarse entre ellos”.

Baca interrumpió la disertación del profesor vasco, nacido en Bilbao en 1951, para preguntar por “aquello del parentesco del vasco con el bereber”. Se notó, por la respuesta aportada por Juaristi, que no era algo nuevo para él. “Bueno, se han divertido mucho con este tipo de hipótesis, la vasco-camítica, a lo mejor vasco-bereber y estas cosas, pero no, no tienen ningún fundamento. Yo creo que el vasco es un producto con alguna lengua prerromana, para entendernos, del rincón occidental del Pirineo que, al momento de extinción, recibe una especie de inyección del latín, del latín vulgar. Y se considera una especie de papiamento, lengua mixta en su origen, pero con un fuerte elemento románico que va aumentando con el tiempo. Pero el nacionalismo

obviamente es muy dogmático en el sentido de que acude a los dogmas fundamentales sin posibilidad de experimentación o de contraste con la realidad. Fichte y el romanticismo alemán tienen un papel importante en esto”.

El presidente de la Fundación Deliberar reconoció el mismo modo de pensar sobre la influencia del romanticismo alemán. “De hecho, en otros foros ya se ha comentado eventualmente que lo que tenemos ahora en el comienzo del siglo XXI es una vuelta a un romanticis-

“Mi experiencia en el País Vasco, que es bastante decepcionante, es que aparecían unos mediadores que venían a vender crecepelo, y que ofrecían la posibilidad de una negociación después de un día loco”

Jon Juaristi

mo”, recordó. “Exactamente. No quiere decir que los nacionalistas vascos lean a Fichte, sino que es un romanticismo adolescente”, apostilló Juaristi. A lo que Baca completó asegurando que “es un romanticismo adolescente, efectivamente”. “Es el romanticismo que refuerza al narcisismo. El adolescente, en realidad, no tiene apenas experiencias en la vida, pero tiene unas convicciones fuertísimas. Tiene muy pocas ideas, generalmente todas equivocadas, y se aferra a ellas para afirmar su personalidad. Es un ejercicio narcisista, obviamente. Yo sostengo, pero quiero que me lo discutas, que la construcción del enemigo se hace siempre desde una victimización. Es decir, el que construye al enemigo o al que le construyen el enemigo, previamente tienen que construirle una identidad de víctima porque si no, no funciona. Y esa identidad de víctima puede ser real o puede ser imaginaria. E incluso, lo que yo he observado cuando he tenido ocasión de acercarme a ese fenómeno,

es que esa identidad es muchísimo más potente si es construida, si es imaginaria, que si es real”, añadió.

El filósofo vasco mostró aquí su disconformidad con esas tesis. “La experiencia no tiene por qué ser real, puede ser una experiencia fantasmagórica, un fantasma en principio. En uno de mis libros, en ‘El bucle melancólico’, hablo un poco de eso. Es decir, los nacionalismos, pero también otras ideologías, se constituyen ideológicamente a partir del supuesto

de que ha habido una pérdida real y que uno ha sido objeto de una desposesión en el pasado”. Baca introdujo entonces la figura del “desposeedor”. Y Juaristi volvió a aceptar el guante: “Bueno, el ‘desposeedor’ se busca después. Lo primero, es decir: ‘Algo se ha perdido’. Cabalmente no se ha perdido nada, pero en su origen, sobre todo, en las ideologías de la modernidad, es el sueño de una edad

de oro. Una edad de oro que es maravillosa, donde, incluso, la gacela se dormía junto al león y no pasaba nada. Todo eso se pierde por algo. Algo que puede ser, como afirman las religiones, una culpa original que provoca una caída original. Pero en el aspecto político, cuando empiezan a formarse las ideologías y, sobre todo, las ideologías de la modernidad, esta caída, esta desaparición del gran reino, viene marcado por una agresión de las que uno ha sido objeto. Los nacionalismos recurren a héroes medievales que siempre son asesinados por el enemigo. Bien, ahí aparece la agresión, se construye entonces el mito de la ofensa original que se construye a través de la construcción de supuestas memorias históricas, etcétera, etcétera, etcétera. Y a partir de ese momento debe existir una especie de enemigo ancestral y eterno o se puede construir un buen amigo. Por ejemplo, cuando Orwell escribe en 1984 sobre cómo se construye el enemigo, lo hace cambiando de enemigo

cada día. Para eso hay que hacer una operación selectiva con el pasado, es decir, hay que obligar a la gente a que renuncie a una parte de sus recuerdos. Es decir, todo proyecto de memoria política, de memoria histórica o de memoria democrática pasa, obviamente, por el imperativo de olvidar muchas cosas. Y el vacío que se deja con el olvido se llena con un mito, con la construcción del enemigo. Y el problema está ahí, en la determinación de quién es el enemigo”.

Baca habló entonces de la imposibilidad en la vida de congeniar con todo el mundo. “Eso me lleva a que retrocedamos un poquito porque, evidentemente, adversarios, es decir, gente con la cual no vas a coincidir al 100%, te la vas a encontrar en tu vida individual y en tu vida social siempre, es un hecho que hay que admitir. Además, es un hecho que es propio de la vida. En la vida tiene que haber una cierta confrontación para que las cosas, incluso, progresen. Por tanto, gran parte de la dinámica positiva de una sociedad debería ser el saber gestionar bien al adversario y su adversidad. El problema está en cómo se pasa de adversario a enemigo. Es decir, ¿por qué se da ese salto?”, le preguntó. Juaristi tenía también la respuesta a esta nueva duda: “Yo creo que la diferencia fundamental es que el enemigo está relacionado con la muerte. El enemigo es un avatar, una personificación de la muerte. El enemigo es aquel que te quiere matar. No el que te puede matar, no es simplemente el

“En la vida tiene que haber una cierta confrontación para que las cosas, incluso, progresen. Por tanto, gran parte de la dinámica positiva de una sociedad debería ser el saber gestionar bien al adversario y su adversidad”

Enrique Baca

enemigo potencial *hobbesiano* del estado de naturaleza, no, es alguien que está empeñado a matarte a ti y, si lo dejas, eso es lo que va a hacer”.

Para Baca, ese momento descrito por Juaristi “representa un período real y cercano de muerte”. A lo que el pensador vasco admitió esa distinción *schmittiana*. “Hay un momento en el que uno de los mayores discípulos de Schmitt, William Frank, presenta su tesis en París. Janeth Point es uno de los miembros del tribunal y le dice: ‘Bueno, con esta visión que usted tiene tan terrible de que la mitad del mundo, prácticamente, son sus enemigos, yo ya no sé qué hacer. Es una visión tan desoladora que yo me retiraría a cultivar mi jardín’. Entonces, Frank le dice: ‘No, no, pero el enemigo no lo va a dejar cultivar su jardín. Es decir, usted es demasiado optimista. O sea, cree que el enemigo se va a desentender de su existencia. No. El enemigo quiere acabar con usted’. El adversario, sin embargo, da lugar a confrontaciones que pueden tener una salida y que, incluso, pueden terminar en una amistad. Las confrontaciones sin salida son confrontaciones que suelen tener una base ideológica y una visión del mundo por detrás”. Quiso entrar el presidente de la Fundación Deliberar en otro campo, en el de la construcción del enemigo, y se preguntó si puede ser un proceso puesto en marcha de forma intencionada. Juaristi lo vio claro: “Por supuesto. De hecho, yo creo que una gran parte de las construc-

ciones modernas del enemigo son deliberadas”. Repreguntado por Baca sobre quién puede estar detrás de esas construcciones, Juaristi admitió que un ideólogo. “Pienso, por ejemplo, en Hitler y la construcción del judío como enemigo absoluto. Siempre hay un discurso, ya sea del tipo mítico, o con pretensiones científicas, etcétera. Pero es un discurso que después se divulga”.

Enrique Baca recordó al autor de *1984*. “George Orwell, que es insuperable, pone todas estas cosas en un mundo novelado, pero lo expone clarísimo. Y entonces, si alguien lo pone en marcha, ¿es como el que enciende una cerilla, incendia el bosque y se puede apagar el bosque apagando la cerilla o ya estamos en otra dimensión?” Juaristi dudó en este caso: “Depende en qué momento estemos. Si el incendio comienza y no te das cuenta, y suele pasar, hay un momento en el que ya costará mucho más apagarlo. Por ejemplo, el Holocausto es el final de un proceso muy largo que viene prácticamente de los procesos románticos de descristianización, desde la invención del paro enemigo de semitas y arios, que esto no se lo inventa Hitler. Esto ya aparece con los primeros románticos alemanes y austriacos, que empiezan a pensar en términos de una gran cepa indoeuropea que habría tenido históricamente frente a ellos a los semitas. A partir de ahí, hay toda una serie de elaboraciones filosóficas a lo largo del siglo que acaban en el antisemitismo criminal del nazismo, pero antes habían pasado muchas otras cosas, como la desaparición del antijudaísmo tradicional, que era una posición cristiana que venía dada por la imagen del judío que se había recibido a través de los evangelios. Una visión cristiana en la historia, avalada por las escrituras cristianas, por el Evangelio, por la Epístola a los Romanos, por San Pablo, etcétera. Sin embargo, esta visión pierde valor con la modernidad y es sustituida por la idea de una etnia prostituida o de una raza maldita que no es redimible, que da igual que se integre en la iglesia o que no. Hay que terminar con ellos porque están en contra de la naturaleza, el judaísmo es el discurso de los débiles contra lo natural. La libertad del nazismo es la identificación con los designios de la naturaleza, sin más. Es que haya unas razas dominantes y unas razas de esclavos, y además están los sub-hombres, que son los judíos, que son los que niegan esto radical-

mente. Aquí la construcción del enemigo se hace de una forma ideológica y con unos precedentes muy claros. Joseph Roth decía que los cristianos clásicos estaban en contra de los judíos porque habían matado a Cristo y, sin embargo, los nazis estaban en contra de los judíos u odiaban a los judíos porque habían traído a Cristo a la tierra. Porque Cristo formaba parte de esa especie de la gran conspiración judía contra la naturaleza. Son ejemplos muy claros de cómo se construye ideológicamente al enemigo”.

Para Baca, autor de *Transgresión y Perversión*, hay otro aspecto a considerar en la construcción de esas rivalidades. “¿Tú crees que la construcción del enemigo acá va adquiriendo un estatus de bilateralidad? Es decir, yo te construyo a ti como enemigo y como consecuencia inmediata, tú me construyes a mí. Digo esto porque la construcción del enemigo no es algo del pasado. Los nacionalismos, sus ‘los otros nos roban’, ‘nos han traicionado’, ‘nos quitan las esencias’, lo que sea, es un proceso de construcción clarísimo”. Ante esta tesis, Juaristi reconoció sentir curiosidad. “Aprendemos a desear deseando lo que el otro desea. En sí, el deseo no es algo natural en nosotros, nosotros codiciamos o ambicionamos lo que el otro desea y lo que el otro posee. Y, por tanto, se crea una especie de relación simétrica, en la que uno se coloca en frente del adversario, frente a frente, frente a un objeto deseado”.

Ya en la recta final de esta conversación online en la Fundación Ramón Areces, Enrique Baca sacó otro tema. “El proceso de victimización es un proceso muy difícil de revertir. Es decir, conseguir que la víctima deje de ser una víctima, cuando ha sido una víctima real, es muy difícil. La víctima llega a ser un estatus más que un proceso, más que una situación. Hasta un rasgo, hablando en términos psicológicos exactos. Si no es una cosa que pasa,



sino una cosa constitutiva de la personalidad. ¿Tú crees que el proceso de construcción del enemigo puede ser reversible?” El profesor vasco habló entonces de cómo “en esos casos el problema radica en que la condición de víctima se ha convertido en una condición deseable, en una especie de condición universal. ¿Por qué? Porque la modernidad consiste, entre otras cosas, en la difusión de la curiosa idea de que para ganar es necesario perder. En relación a si la construcción del enemigo es un proceso reversible; sí es reversible porque el tiempo lo cambia todo, pero cuando acabas de construirlo, es muy difícil deconstruirlo”. Baca quiso ilustrar esas disertaciones con el ejemplo del nazismo. “El nazismo desapareció como enemigo cuando se le dio por desaparecido, después de la victoria en la Segunda Guerra Mundial, pero desaparecieron por decreto, es decir, un día había nazis y al día siguiente no había nazis, punto. Pero, aparte de esos mecanismos, ¿crees que es posible deconstruir al enemigo? ¿Es posible que una vez establecido el enemigo entre A y

B estos puedan llegar a verse como posibles comunicantes?”

Juaristi admitió desconocer ejemplos históricos donde haya pasado esto. “Después de la derrota de una de las partes, sí, y además con el problema de que puede haber siempre un sector irreductible de rencorosos que vuelve a poner en marcha otra vez el procedimiento del enfrentamiento, etcétera. Yo creo que no se acaba por decreto, sobre todo, cuando hay un sector de víctimas que no aceptan la pacificación con el enemigo porque conviene a los poderosos, a los que han ganado la batalla. Yo no acabo de ver la reconciliación y el perdón como una iniciativa colectiva, en vez de individual”. Al término de este comentario, el presidente de la Fundación Deliberar reconoció que podrían extender el diálogo durante dos horas más, pero “las limitaciones del tiempo son las que son”. Y cerró así esta nueva sesión agradeciendo de nuevo a la Fundación Ramón Areces y también, claro, a Jon Juaristi por haberse prestado a este juego.